

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

EL POSITIVISMO ¿HA MUERTO?

REPARACIONES EN SALUD MENTAL BAJO EL AUGE NEOLIBERAL

THE POSITIVISM...HAS DIED?

REAPPEARANCES IN MENTAL HEALTH THROUGH THE NEOLIBERAL UPGRADE

Franco Garritano

frangarritano182@gmail.com

Facultad de Psicología

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Introducción

La moda no es vanguardia

(Indio Solari)

Entre las tendencias contemporáneas concernientes a la circulación de *capital simbólico* (Bourdieu, 2001), se esclarece una permeabilidad sensible a la novedad. Sin obviar la histórica (buena) predisposición a atender con complacencia e interés los surgimientos modernos y novedosos, actualmente parece haberse acentuado la oferta-demanda de “nuevos” objetos, al compás de necesidades y anhelos



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Facultad de
Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

moldeados a merced de los mismos. Encontramos así, un despliegue de producción que acapara la economía, la tecnología, la educación y también la salud, donde el horizonte parece estar en la *saliencia*¹, lo inédito, sin por ello implicar originalidad. El carácter de *novedoso* ha pasado a primar como índice destacado para determinar lo valioso y esperable dentro de las tramas de producción y consumo, siendo también las modalidades de vinculación y planificación socio-política parte integral de esta trama. En el mismo giro de la irrupción de lo “novedoso”, se pretenden hilvanar pretensiones de superación, progreso, o perfeccionamiento.

El problema no residiría en la existencia o no de una nueva producción que prosigue a otra –y probablemente, preceda una futura - dentro de un *continuum* desde donde cabría el título de “nuevo”. La cuestión estaría en si ésta misma implica intrínsecamente el rasgo de disrupción, originalidad y vanguardia –o aún superación- que es, en definitiva, desde donde se ejerce su promoción y consumo. La diferencia entre novedad y originalidad, no siempre es destacada; los límites entre la reaparición repetitiva de “nuevas” formas sin mutación de *contenido*, y la irrupción radical de una real novedad, parecen difuminarse.

De este modo, el acceso al *nuevo* celular, la *nueva* cita de Tinder o al *nuevo delivery* personalizando, por ejemplo, se mediatiza por la idea, la posibilidad - *desigualada* socialmente- de contactar con un producto “superador”, que justificaría el avance en una pretendida adecuación optimizada a las necesidades sociales de época. Necesidades, claro, pre-fabricadas. La sistematización desde la inmediatez desestima la pregunta por la real diferencia entre el estado anterior y la propuesta actual, generando el espejismo de que toda nueva aparición conlleva asociada el carácter de superación o progreso, y no la reproducción iterante de un mismo orden. Así se imponen y promocionan productos, aplicaciones, teorías y hasta campañas políticas.

Esta matriz consumista, inmediatezista y pretendidamente innovadora en su despliegue, no se reduce al intercambio de bienes y servicios –donde se vuelve más

nítido-, sino que alcanza al plano de la atención en salud. De este modo, una advertencia ético-política se posa sobre aquellas disciplinas avocadas a dicho campo, donde interesará ver qué efectos y avatares se producen en ese encuentro con la salud mental. Con el ofuscación de la *novedad*, la *innovación*, la *evolución* y otras categorías aplicadas para larvar intereses oligopólicos ligados al poder y el enriquecimiento, “nuevas” psicoterapias y gestiones políticas toman impulso para administrar la salud-enfermedad-atención-recuperación.

Mi propuesta entonces, no parte solo de pensar el horizonte político y disciplinar para los abordajes en Salud Mental en Argentina durante los últimos años, sino pesquisar mediante el análisis discursivo y de las gestiones en políticas públicas durante 2015-2018, qué tanto novedoso realmente son tales lineamientos, dado que pareciera ser una insidiosa reedición bio-política de un viejo conocido en nuestra historia profesional y política local: el positivismo.

El neoliberalismo -operante acentuadamente desde 2015 aliado al cambio de gestión-, y la aparición de figuras ligadas a perspectivas “modernas” sobre la salud mental con incidencia directa en decisiones políticas, han conformado un contexto propicio para reivindicar y relanzar un proyecto científico-estatal de antaño, que reaparece bajo un porte velado. Un *neo-positivismo*, encarnado en terapias cognitivas (TCC) y neurociencias, subsidiario a proyectos meritócratas, de control social y centralizado en ganancias, determina el perímetro desde donde se busca asentar la “novedad”, ante la cual no se puede más que ver el reciclamiento oportuno de una perspectiva ética, política y disciplinar de vastos efectos desubjetivantes.

De este modo, esta investigación se centra en los dispositivos y discursos profesionales y político-dirigenciales que han atravesado –y atraviesan- el campo de salud mental, buscando esclarecer el vínculo entre una perspectiva estatal neoliberal y disciplinas reduccionistas y organicistas interpelantes en dicho campo.

El núcleo de tal coalición, vendría vertebrada por la reaparición de la doctrina positivista afianzada desde las dos aristas desde donde históricamente tuvo impulso en nuestro país: un proyecto de control y categorización social para el gobierno, y un eje metodológico para legitimar la hegemonía de ciertas ciencias. Advertir sobre las implicancias de esta reverberación en salud mental y sus efectos sobre la subjetividad de época, aparece como un imperativo ético orientado a desmentir directivas segregativas y sectarias disfrazadas de vanguardia tecno-administrativa.

I. Positivismo vernáculo: cosas de la civilización

*Vienen los cuatro jinetes, cabalgando vienen digo
agua, tierra, fuego y aire
vienen de tu propio ombligo
(Los Piojos)*

El *positivismo* como corriente de pensamiento y modo de interpretación e intervención en la realidad, se sostuvo como un componente central en la historia de la conformación de las ciencias sociales en Argentina, del mismo modo que fue un pilar constituyente del Estado moderno. Su postulación centrada en la razón, la validez empírica, la extrapolación metodológica y la generación de leyes universales como fundamentos filosóficos, trasvasó los marcos netamente científicos para articularse deliberadamente con proyectos políticos gubernamentales que promovieron una significación nueva sobre las instituciones y valores locales. Desde esta articulación nacerá una psicología de carácter *social* en articulación *clínica* y *experimental*, así como las bases que permitirían su desarrollo hacia 1890 (Klappenbach, 2006), gracias al primer asentamiento idiosincrático instaurado por la generación del 80', quien ya había puesto en marcha esta cosmovisión como

instrumento político de clases dominantes. Esquemáticamente entonces, podemos situar dos períodos de efervescencia positivista en nuestro país.

Por un lado, la llamada “generación del 80” imperante durante el siglo XIX. Esta corriente se hace de nombres como Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Deodoro Roca, tendientes a pensar un proyecto de población en nombre de la ciencia. Es la era de “educar al soberano”, “gobernar es poblar” y “civilización y barbarie”, donde el positivismo se despliega en consonancia al arribo de la expansión capitalista europea, asentando el progresismo liberal y el conservadurismo. En esta primera etapa, el positivismo se encuadra como expresión política comandante de la conformación del Estado moderno, resignificando las instituciones de salud, educativas, jurídicas, sanitarias, militares y familiares: se extrapolan y establecen los marcos conceptuales para las prácticas de intervención social.

Esta proyección de país altamente centralizado, busca forjar una sociedad a partir de idealizar un grupo reducido, que además se adjudicaba una superior representación europea para tal comando. El positivismo asentado es potestad de clases dominantes cuya aplicación “se centrará en la interpretación del pasado, la lectura del presente y una proyección de la Argentina hacia el futuro” (Carballeda, 2000: 116). El mercado local impulsa un liberalismo sustentado por la especulación oligopólica y en esta perspectiva arribarán a las ciencias sociales las primeras iniciativas del *sociologismo biológico* de Spencer, utilizándose como prisma para analizar y justificar las desigualdades y la necesidad de operar sobre la población. Se expresará en la “lucha por la vida” y la “supervivencia del más apto”, en un contexto de manifiesta tendencia a expulsar la “carga” signada por la idea de atraso de la herencia “primitiva” en el país. Aparece el “problema de la raza” ligado a la vertiente migratoria –nominada como “población aluvional” en clara simetría con la animalidad-.

El centro de la ideología será naturalista, biologicista y profundamente racista, vinculadas a la construcción del mundo político. El término “positivo” desde 1830, comienza a figurar en varios escritos pretendiendo designar lo objetivo, lo real, lo natural y especialmente aquello que es progresista en sentido social y político. *Positivo* es sinónimo de *progreso*, en contraposición a *metafísico*. Es así como el discurso positivista se construye como discurso de “verdad” absoluta hasta principios del siglo XX.

La mirada puesta paralelamente en Europa y EEUU, gestaría la idea de conformar un país a imagen y semejanza de potencias, donde germina también la desvalorización de lo propio y la exaltación de lo ajeno. Desde este marco, toda connotación referencial a un pasado hispano, mestizo o aborigen, va a ser validado como atraso, primitivo, degeneración, obstáculo o imposibilidad. Esta vez, lejos de un colonialismo foráneo arribado a nuestra tierra -como fuese en 1492-, el avasallamiento sobre la diversidad provino del propio *ombligo* de la nación, en manos de la oligarquía local, eurocentrista y racista, con pretensiones universalizantes.

Por otro lado, adentrándonos en una segunda época, el positivismo de principios de siglo XX es encauzado en estudios sociológicos y psico-experimentales, donde aparecen disciplinas circunscriptas –fundamentalmente la criminología- destinadas a revitalizar esos postulados hacia un ejercicio clínico, experimentación y también una intervención hacia una restauración moral de la sociedad, donde prolifera el *darwinismo social* asociando la idea de *evolución humana igual a progreso comunitario*. Acá encontramos a José Ingenieros, Horacio Piñero o Carlos Lombroso, dentro del discurso positivista eminentemente metodológico, que se apoyará en la experiencia y el conocimiento empírico de los fenómenos. Será desde esta producción teórica desde donde se emprenderá la validación de una apuesta a organizar la vida social partiendo de parámetros científicos. Se promueve un discurso médico-higienista que calará profundamente en la administración de la vida

cotidiana, fundándose una especie de “nueva moral” destinada a segregar según características biológicas, mentales y condiciones sociales.

Dentro de este entramado surge la primera psicología local, bajo el estándar de una idealización de la razón, la empiria, el biologicismo, la extrapolación metodológica y la generación de leyes universales. Esta psicología contiene dos rasgos distintivos que la definen dentro de su inserción positivista: asumirse como ciencia natural y tener una filiación privilegiada con el pensamiento francés (Dagfal, 2012). Regiría la devoción por el progreso y evolución social, mediante una confianza encarecida a los métodos de las ciencias naturales, siendo centrales la observación y la experimentación.

La primera psicología será eminentemente biológica y evolucionista, puesta al servicio de la investigación de la “esencia nacional” mediante la clasificación de sectores poblacionales. Hugo Klappenbach (2006) delimita tres factores fundantes de la nueva psicología: la *observación clínica*, la *investigación experimental* y la *divulgación científica*. La misma tendría una constitución forjada por el sesgo clínico (extrapolado de la corriente francesa), la cual era idealizada por la comunidad científica de la época.

Se afianza una promoción de cambio y transformación social a través de ésta lógica involucrada en problemas sociales, jurídicos, educacionales e institucionales. Las problemáticas que atañen a esta psicología constan de “la locura y las neurosis (psicopatología), la ‘cruzada civilizatoria’ (psicología educacional), delito (psicología criminológica), las masas (psicología social), la creación de una identidad nacional en los inmigrantes (psicología política), etc.” (Dagfal, 2012: 23).

En “*La simulación de la locura*” (1903) Ingenieros busca el enlace entre problemas sociales y perturbaciones mentales, siendo la anomalía psíquica una actividad preferentemente *antisocial*. De modo que se busca erigir a las ciencias sociales en tanto saberes normativos para “integrar” al disenso y/o segregar a los estratos

sociales patologizados o renuentes al proyecto de nación moderna (Terán, 1987). Se da un entrecruzamiento entre psiquiatría, derecho, psicología y criminología dentro del campo de la salud, objetalizando los cuerpos a dosificar y domesticar, despojados de cualquier singularidad al no tener origen ni historia. El horizonte profesional se regiría mediante una ética profundamente normativa, discernible en dos aspectos precisos: la vertiente *consecuencialista* que mide los hechos en base a las consecuencias para el orden social (y no desde causas u orígenes); y la *corriente de las virtudes*, es decir, reducir y esencializar las motivaciones humanas desde tendencias o aptitudes intrínsecas e invariables (Beck, 1995).

No es sorprendente entonces que haya sido un contexto fértil para la proliferación de la estigmatización, segregación y exclusión, no solo como fenómenos sociales, sino como lógicas estratégicas emprendidas desde instancias influyentes como la ciencia y la dirigencia política. Fundamentalmente los sectores más vulnerables fueron atravesados por los esquemas reduccionistas que hermanaban pobreza-enfermedad-delinuencia para determinar la necesidad de control social. Por encima de valores culturales, históricos, sociales o estéticos, la razón positivista, a través de las tecnologías médico-psicológicas, se estableció como eje ordenador de la vida cotidiana tanto normal como anormal.

II. Neoliberalismo y cultura: hacia el neo-positivismo

*Con la cuota de frustración, algunos la viven de rosa
la ciudad se pone grande y cada vez más peligrosa*
(León Gieco)

Michel Foucault se preguntaba “¿no es posible pensar que la historia puede descifrarse, además de las articulaciones de las luchas de clases, también en clave del enfrentamiento biológico?” (2007: 192). La pregunta introduce un elemento regresivo, una tendencia de orden social, que aparecería en situaciones precisas cuando el entramado cultural ya no puede cercar la indiferencia, la impunidad y el cinismo clasista de quien ejerce el poder sin fines democráticos. Si bien un ejemplo paradigmático sería el Holocausto, no hace falta ir tan lejos para encontrar situaciones donde las diferencias y las oposiciones políticas son planteadas en términos de este *enfrentamiento biológico*. Las relaciones de poder pueden ejercer una segregación tal sobre las diferencias ideológicas que el tenor naturalista puede servir para anular la postura enfrentada mediante la des-humanización.

Aristóteles decía que el hombre es un “animal político”, lo que implicaría uso de la razón y el poder de la palabra. En un país donde el ejercicio político se halla tan desvalorado y descreído, junto con la degradación de la palabra y el armado simbólico, no sorprende que en los últimos años se halla acentuado profundamente el carácter más “animal” que “político” para librar las batallas ideológicas. Se produce una *animalización* de la sociedad y la política, que enfrenta producciones sociales sostenidas desde esencialismos. Claro que la animalidad más salvaje será aquella que no condice con los estándares de quien celebra la proyección del Estado, que en épocas de fuertes crisis económicas como las actuales, permite revivir antinomias estigmatizantes antropomórficas a nivel político-social. Así encontramos un catálogo zoológico: *cabecitas negras, simios, “cucas”, el pingüino, “la Yegua”, los gorilas, cerdos capitalistas, “el Gato”* ... Mientras en los billetes los próceres y las Islas Malvinas se ven desplazados por el yagareté o el hornero.

Se renueva la estigmatización de la barbarie en épocas de crisis y agudos conflictos socio-políticos, donde lo “no civilizado” condensa la cartografía de lo animal salvaje, peligroso y desdeñable. El ímpetu por decodificar una “naturaleza humana nacional”, una identidad casi genética, favorece esta segmentación política

animalizante; la sociedad empieza a ser analizada –nuevamente- en términos positivistas de “especie”, desde la literatura, la ciencia y la comunicación social.

El auge neoliberal pregona al individuo como agente social y prestigia atributos como el mérito, el esfuerzo, el oportunismo, la simplificación o el egoísmo. No hay nada en el programa del mercado que se acerque a lo social, al valor de lo colectivo o a la comprensión de la vulnerabilidad como una clara consecuencia de razones que exceden y trascienden a la mera responsabilidad del sujeto en particular (Plut, 2018). La *meritocracia* no es solamente una moralista invocación al esfuerzo personal, sino que banaliza aspectos comunitarios y políticos subjetivantes que quedan así desterrados. La apelación al esfuerzo enciende un egoísmo mortífero, la salvación personal, la indiferencia, la desidia y el sentimiento de alarma y rechazo ante cualquier propuesta comunitaria. El mérito como valor oficia de desarticulador de lazos sociales; los reproduce y los extiende, fabricando el sentimiento de necesitar protección mediante “nuevos” medios políticos y -¿por qué no?- científicos, que comportan respuestas que justifiquen la diferencia y la desigualdad, vueltas insostenibles en estos tiempos.

Siguiendo a Sebastián Plut (2018), bajo estos términos asistimos a una reedición de “civilización y barbarie”, donde se reposicionan los rasgos de bestialidad en un grupo y en el mismo pliegue se excluye a este sector de “los civilizados”. Claro que lo rechazado incluye tanto a los sujetos vulnerables, como al proyecto político que procurase extender y profundizar las políticas garantistas de protección y equidad, dinamizando la lógica estigmatizadora y segmentaria. Prolifera un discurso que estigmatiza y deposita la degradación cívica y humana en un sector, sostenida en una concepción diferente de ser humano y en la profunda creencia de que hay un esencialismo invariante, una “grieta” taxativa que roza lo biológico.

Mauricio Macri relataba en una entrevista: “los argentinos no vamos a volver atrás; estuvimos en un *estado pre-democrático*; hoy vamos a construir a partir de la *libertad* que nos da un sistema democrático con instituciones equilibradas (...)

nuestra capacidad de mejorar la *competitividad* del país”². El estado “pre-democrático” podría leerse en clave una forma de gobierno “primitiva”, mientras que la apuesta “nueva” apunta a la “libertad” (vale decir, *liberalismo*) y la “competitividad”, la cual se halla desigualada desde la inequidad estructural.

El reinado del mercado tiene profundos efectos en la producción de subjetividades y en las decisiones políticas que sustentan el desarrollo y crecimiento de muchos sectores de la sociedad. Este *neo-positivismo* remolcado desde el neoliberalismo, se enraíza en la gestión estatal, que no admite aquello que desmienta o exceda a la “razón” meritócrata; es decir, que sea “irracional”, acorde a su procedencia barbárica. Las diferencias buscan ser anuladas mediante un maniqueísmo biologicista: civilización o barbarie, localizando a la organización y garante del sentido, equilibrio y orden, en una situación de extraterritorialidad: el mercado.

Para dominar a los animales políticos barbáricos, los “civilizados” recurren a algo *para-humano* que adviene para definir la polis. El mercado es posicionado como agente externo vertebrado por la tendencia a larvar las *leyes del mercado* como *leyes universales* que el positivismo podría propiciar mediante su operatividad en sectores hegemónicos, para establecer una verdad única.

Entonces, lejos de concebir una superación y erradicación de la perspectiva positivista, se cree fehacientemente que el contexto científico-político-económico reciente (2015-2019), devuelve una reedición dialéctica invertida: ya no es el positivismo el pivote articulador para el ejercicio político –como lo fue en la fundación de la República conservadora y en la primera psicología entre 1890 y 1920-, sino que es el contexto político actual el que favorece el resurgimiento de prácticas positivistas auxiliares a los intereses dominantes, atravesados por un ímpetu social biopolítico reformista, segregativo y jerarquizante de antaño. El paradigma positivista sigue operando insidiosamente como marco en la construcción de modelos explicativos de lo social, lo psíquico y la confección de políticas públicas intervinientes en la salud mental.

Interesará ver entonces cuáles son las implicancias de tal alianza entre la gobernabilidad del mercado y las pretensiones universalizantes de lo social; entre la proyección individualista neoliberal y la doctrina esencialista positivista; entre la tecnocracia estatal y el reduccionismo científico. De este modo se encuadrará el panorama para comprender la perspectiva ofrecida para la atención en salud mental.

III. Cerebrar la vida: esos raros reduccionismos “nuevos”

*La neurociencia y el destino
van a ser buenos amigos*
(Fito Páez)

Hace ya varios años que venimos asistiendo a la propagación, dentro de las divulgaciones científicas y los medios de comunicación, del despliegue de “nuevos aportes” en el campo de los estudios cerebrales y particularmente el lugar de las neurociencias como validación científica para explicar un devenir humano. Las neurociencias se han ido consolidando como clave explicativa legitimada por una científicidad estadística y experimental, pretendiendo establecer las bases biológicas que explican la conducta, el pensamiento y el padecimiento mental. No obstante, afín al fanatismo imperialista de algunos investigadores, estas investigaciones llegan descontextualizadas y extrapoladas a nuestro margen latinoamericano.

Las neurociencias aparecen como una reiteración de la visión del siglo XIX sobre lo psíquico y lo social naturalizando lo cultural. Sin desconocer avances y aportes desde las neurociencias, la discusión surge cuando dichos progresos se untan bajo retóricas simplistas que enmascaran intereses sectarios, desestimando contratos sociales sustentados en el reconocimiento y garantía de ejercicio de Derechos Humanos. El problema no son las neurociencias, sino su mercantilización, la

idealización como validez universal y la reificación humana que produce en tales aplicaciones.

Un hecho que escenifica su avance en Argentina, es el proyecto para crear un “polo de neurociencias” en Buenos Aires³. En el 2017, la ex-gobernadora María E. Vidal, con un presupuesto desde Salud de U\$D650.000, empezó la carrera hacia este centro que se constituiría a través de la “reconversión y refuncionalización” de los hospitales neuropsiquiátricos Borda, Tobar García y Moyano – donde rondan unos 2000 pacientes-, pasando a ser “centros de atención, experimentación e investigación relacionados con las neurociencias aplicadas”. Este polo de neurociencias sería el segundo en el país - ya que en 2016 se creó uno similar en Rosario-, viniendo a completar un panorama: coronar una trilogía donde ya se efectuaron un “polo farmacológico” y “polo tecnológico”; todos situados en un mismo eje que recorre el sur de la ciudad. No se menciona la creación de dispositivos que ayuden a la externalización de pacientes (casas de medio camino, hospitales de día) cuando las atenciones en consultorios externos cayeron a un tercio en tres años (2015-2018)⁴ y se afirmaron más fondos para docencia e investigación en detrimento de servicios interdisciplinarios de atención y tratamiento.

Proyectos de este tipo no serían posibles sin un entramado que los avale y promueva. Por ejemplo, se encadena con la promulgación de leyes afines a esta rama de estudio, como la Ley 27.306 de Dislexia. Esta ley otorga a los maestros la responsabilidad de detectar en sus alumnos síntomas de Dificultades Específicas del Aprendizaje (DEA), que implica la reducción de una problemática compleja en la dinámica enseñanza-aprendizaje, a un supuesto déficit neurocognitivo de etiología genética, que condena a los niños a programas reeducativos de rehabilitación. En estos términos, es una ley que se funda ya en la patologización, estigmatiza y apela a categorías exclusivamente neurobiológicas sin considerar otras variables ni criterios interdisciplinarios. Este escenario se inserta en un fenómeno global, fruto de

lo que Allen Frances denomina como “inflación diagnóstica” (2014: 103), que implica un frenetismo por los diagnósticos, pruebas y tratamientos.

Por otro lado, esta avanzada aparece encarnada en el plano político con la aparición de Facundo Manes, nombrado como “asesor en el desarrollo del capital mental”⁵, surgiendo la pregunta por el tipo de ciudadanía del que partiría y al que apuntaría un gobierno neoliberal que entreteje para sus políticas al positivismo de las neurociencias. El foco metodológico de las neurociencias en el *cerebro*, condice con el del neoliberalismo en el *individuo* antes que en el colectivo, con sus iniciativas de políticas públicas que enfatizan la autoconfianza, el consumo, la aspiración, la meritocracia y la voluntad de éxito. En esta economía, los cerebros (ya no los sujetos) aparecen como depositarios del *capital mental*, evidenciados como *recursos* (Duarte, 2017). Y a diferencia de los *sujetos* que merecen ser *atendidos*, los *recursos* son *administrados*, y los *Derechos* pasan a ser “costos” –cuando no un “curro”.

Una perspectiva política que perfila su intervención en términos individualistas y sectarios, junto a una perspectiva disciplinar que concibe al psiquismo y la construcción de subjetividad en términos de “capital mental”, tiene efectos políticos arrasadores como el descentramiento de responsabilidades. Hay un corrimiento del eje desde la desigualdad de oportunidades e injusticia social, hacia una “evidencia psicológica y neuro-científica de la pobreza como forma de esa desigualdad en el nivel auto-regulatorio neuronal” (Lipina, 2016: 33), bajo conceptos como “autorregulación”, “plasticidad neuronal”, “periodos sensibles”, “epigenética”, “calidad de prácticas de crianza”, “sensibilidad materna”, etc., como ejes del diseño de políticas públicas.

La consecuencia es la transferencia de la responsabilidad –ya no política, sino moral- al sujeto, o en su defecto, al entorno familiar, devaluando el papel de la desigualdad socio-económica y la responsabilidad estatal. Al situarse en el “individuo” el problema, es esperable que emerjan apuestas en clave adaptativa,

dado que no se trazan variables contextuales ni históricas: la doctrina se enquistada en la individualidad cerebral. Como señala Steven Rose, “conceptualizar el cerebro como capital, un recurso a ser expandido, transforma a alguien en algo a ser expandido” (2017: 67). Se logra una escisión epistemológica bajo una disyunción positivista: ya no es el niño que aprende o el sujeto que sufre, sino el cerebro que aprende, el cerebro padeciente, el cerebro social, el cerebro emocional, el cerebro empático. El *esfuerzo personal* y la *plasticidad cerebral*, se vuelven términos pivote para analizar y resolver cuestiones sociopolíticas complejas como el padecimiento, la desigualdad, la justicia, la educación y el empleo. Las inversiones en “capital humano”, responden a una lógica de costo-beneficio que termina por extenderse a todas las áreas de la vida cotidiana, donde cada quien deberá efectuar los cálculos racionales, preferir y renunciar en función de los propios intereses y objetivos (Murillo, 2011).

Entonces si actúa el cerebro, no actúa el sujeto (ya sea el dividido, consciente, de la Gestalt, etc.), promoviéndose una postura higienista que se extiende a todo el campo social, incluyendo a la moral. Como señala Susana Maidana, “el tutelaje ejercido sobre los cuerpos reedita las normas higienistas del SXIX, vestidas de un nuevo ropaje terminológico” (2019: 2). El foco neoliberal-neurocientífico posado sobre la individualidad cerebral promueve identidades esencializadas con un fin de control social homogeneizador: generar estereotipos que cristalicen lo esperado y lo desviado.

La estructura meritocrática se consolida en jerarquías evolutivas hacia la dominación y exclusión que no dejan espacio para el deseo. Así se abren las paradojas irresolubles para los sectores más vulnerados. Si una mujer pobre decidiese abortar, es por una esencia que desprecia la vida; si decidiese tenerlo, es por una esencia que prioriza lo económico (subsidios); y si decidiese llevarlo adelante sin otro/a compañero/a, es una “luchona”, en otro eufemismo animalizante.

IV. La revolución de la alegría para combatir el curro de los DDHH⁶

La dicha no es una cosa alegre

(Patricio Rey y sus redonditos de ricota)

Siguiendo una entrevista realizada a Manes, el *capital mental* se confecciona por “los recursos cognitivos y emocionales de las personas, la capacidad de aprendizaje flexible y eficiente, la capacidad de una persona de desarrollar todo el potencial, la capacidad de crear e innovar (...) la principal riqueza de un país, es el *cerebro* de las personas”⁷, y entonces la sociedad se conforma como la suma de “cerebros aptos para desarrollar las potencialidades en un mundo competitivo”. El neurocientífico determina que la pobreza sería “un entorno, un *esquema mental* que hace que las personas no puedan pensar más allá de esa situación”, es “una forma de hipoteca, de impuesto social”. De este modo, el ser presa de una *lógica del instante* (Bleichmar, 2008) por la imposibilidad de proyectar un futuro y la adosada presión de tener que pertenecer a un sistema segregativo, es comprendido como un efecto del “entorno negativo” en que vive el sujeto en vulnerabilidad, el cual perpetúa la locura, la pobreza o la violencia, y se vuelve estructural. Imposible no pensar en Spencer y la elaboración de la supervivencia del más apto en la sociedad: los excluidos no representan el cinismo del sistema económico, el abandono o la insensibilidad política, sino que reflejan una incapacidad innata o adquirida muy tempranamente por su entorno iatrogénico.

Esta doctrina no solo es remolcada por las grandes empresas tecnológicas, la industria farmacológica e instancias gubernamentales, sino que los medios de comunicación se han vuelto estandartes fundamentales para promover subjetividades que se apropien de sus propios estigmas. Un verdadero proyecto colonizador que precisa de la producción biopolítica de subjetividad, ante lo cual se busca depositar una potencialidad vacía en los mismos individuos: “*sí se puede*”; cuya contracara bien podría ser *no se permite*, dado que en la misma oferta de sentido sobre la situación en

la que se encontraría un sujeto en vulnerabilidad, se le revela la precisión de herramientas que, no obstante, no posee y difícilmente llegue a poseer.

La herramienta más importante encargada de instruir este discurso ha sido el de la *felicidad*. Celebrando su asunción como “asesor del capital mental” y vía Facebook, Manes expresaba: “*La #felicidad es un factor de protección contra enfermedades: los niveles más altos de emociones positivas se asocian a menores posibilidades de ansiedad o depresión asociados al estrés. Las personas, cuando se sienten bien, se enferman menos, viven más y tienen una mejor calidad de vida. Hagamos de la felicidad un ejercicio cotidiano*”⁸. En otra entrevista⁹, señala que “la ciencia se ha interesado por investigar el fenómeno de la felicidad. Al día de hoy, sabemos que -si bien puede haber una “predisposición genética” a ser felices- en gran parte, depende de cada uno”, aclarándose también que nuestra plasticidad cerebral permite modificar su propia química, por lo cual un incentivo a entrenar nuestra capacidad para producir dopamina es clave para acercarnos a una felicidad *verdadera*.

En asociación a un gobierno que se realiza en los mismos ítems reduccionistas, desresponsabilizantes y segregativos, la *felicidad* deviene una cuestión de Estado a la que se apuesta: la “revolución de la alegría”. Nunca está de más volver a Freud y su advertencia sobre la búsqueda de la felicidad, a los fines de comprender qué herramientas se estarían propiciando desde este marco neo-positivista. En *El malestar en la cultura* (1930) dirá que la aspiración a la felicidad posee dos facetas, determinadas por un fin negativo, evitar el dolor y el displacer, y un fin positivo: experimentar intensas sensaciones placenteras; este último sería el concepto estricto de felicidad. Y advierte acerca del carácter atribuido socialmente a la acción de los *estupefacientes* en la lucha por la felicidad y la prevención de la miseria:

No sólo se les debe el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior. Los hombres saben que con ese

“*quitapenas*” siempre podrán escapar al peso de la realidad, refugiándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad. También se sabe que es precisamente esta cualidad de los estupefacientes la que entraña su peligro y su nocividad (1930: 26).

El panorama reciente no dista mucha de una conjunción así. Por un lado, el imperativo y estimulación a ejercitar la alegría y la felicidad como herramientas eficaces hacia el desarrollo cognitivo, superación de malestares y realización personal, y valores de alta estima social. Por el otro, la oferta de consumo impulsivo; fundamentalmente la farmacológica, vertebrada también por la neurociencias y las TCC. Pero también se hallan nuevas pantallas “embriagadoras” que permiten sostener el aislamiento y ruptura social, mediante *gadgets* y pantallas. Las promesas absolutistas (“*curación*”, “*eliminación de síntomas*”, “*felicidad total*”, “*pobreza cero*”; que finalmente, cuando el globo se pincha, aparecen como “metas demasiado optimistas...”¹⁰), desconocen el sufrimiento y malestar subjetivo que habla no solo del pulso del pueblo si no de lo más singular que habita en cada uno de sus miembros, produciendo un espejismo totalizante. La *felicidad* aparece como la zanahoria que motoriza la infinita espera alienante de pertenecer aún desde la marginalidad.

V. “Especialistas sin espíritu, hedonistas sin corazón”

*Te llama y no te nombra,
cuando uno no ama, compra*
(Gustavo Cerati)

El auge de las disciplinas neuro-científicas y conductistas, así como las indiscretas prácticas de medicalización psiquiátrica, son leídas a través de la hipótesis de una emergente forma encriptada de positivismo que permite larvar mediante discursos

pretendidamente científicos, intereses elitistas. Esto se produciría mediante un desplazamiento de variantes socio-culturales, dado que, desde un posicionamiento positivista, el valor de las explicaciones científicas queda reducido a la “naturaleza objetiva” y lo político-social a una variable contingente, no constituyente. Desde el marco neoliberal, las disciplinas de Salud Mental quedan enlazadas en los rasgos de una cultura comandada por el mercado, no solo a través de los *productos* – fundamentalmente la industria farmacológica- sino también la generación de *valores subjetivos* para ordenar el comportamiento de los sujetos-consumidores (Galende, 2008).

Max Weber hablaba sobre aquellos “seres humanos que son unos *especialistas sin espíritu y hedonistas sin corazón*”; que “se creen el último eslabón del desarrollo, se creen la última etapa del desarrollo de la humanidad, cuando en realidad han perdido en algo la esencia de la naturaleza humana” (1905: 45). ¿Ante qué metodología, terapéutica y ética nos sitúan estas corrientes *neurocientificistas*?

Al acentuar una explicación en términos biologicistas de los fenómenos patológicos –ahora *expandidos*- y normales, se abre la puerta a una intervención psicofarmacológica y/o a TCC adaptativas a las condiciones sociales dadas. Tras el establecimiento del cerebro como asentamiento biológico, núcleo indiscutido para diagramar condiciones de la calidad de vida de la población, la producción farmacológica tiene un rol fundamentalmente estratégico en clave abiertamente neoliberal, no para el sistema de Salud sino para Ciencia y Tecnología. Esto generaría una cronificación de cuestiones urgentes (condiciones de atención, *medicalización*, manicomialización), vaciando el sistema público y apoyando “neurociencias aplicadas” destinadas al beneficio de empresas privadas, negocios inmobiliarios, laboratorios y la investigación técnica desligada de efectos políticos y subjetivos de la vida en comunidad.

Se da a través del positivismo una “pragmática utilitarista”: dado que no hay criterios científicos para diagnosticar los trastornos mentales, es necesario poner los límites

estadísticos donde convenga en términos adaptativos (Duarte, 2017). El cerebro ha sido el pivote clave para explicar cómo funciona el cuerpo, la vida, un sujeto en sociedad, la sociedad y ahora cómo debe funcionar la política. Se refuerza el proyecto para explicar y moldear una sociedad, avalando el retorno del reduccionismo de la psicología cognitiva con su metáfora de la mente como procesador de información, siendo ese procesador identificado ahora con el cerebro: el reduccionismo se recuesta en la biología pero la matriz teórica del procesamiento de información (ahora neuronal) se mantiene.

Allen (2013) habla acerca del marketing de la corporación farmacéutica promotor de las “nuevas epidemias” (autismo, trastorno bipolar adulto y trastorno de déficit de atención). El objetivo se comanda por potenciar la medicalización de más conductas y expandir el mercado de fármacos ya utilizados hacia nuevas poblaciones, como los niños. Por otro lado un reforzado tándem de “calmantes” es ofrecido por diferentes tipos de *fundamentalismos* como la tecnología, internet, aplicaciones, *deliverys* personalizados, y también se cita la búsqueda de salidas a través de múltiples posturas “*light*”, dado que la *felicidad* prometida, aparece como una coraza liviana: terapias breves, juegos florales de Bach, autoayudas, *coaching*, posturas de meditación, *managment*, expresiones corporales, simplificaciones gestaltistas, etc. (Guinsberg, 2013).

Emiliano Galende (2008) advierte que si los síntomas subjetivos del malestar psíquico comienzan a ser homologadas en tanto “enfermedades como las demás”, los valores que se han propuesto desde la salud mental, pierden sentido, dado que los malestares pasan a ser territorio exclusivo de psiquiatras, neurólogos, y no equipos interdisciplinarios e intervenciones psicosociales. Esta consideración prescinde absolutamente del sujeto, ignora el conflicto que expresa el síntoma, ya que sería solo signo de un trastorno en sus equilibrios cerebrales, y se propone eliminarla por la artificialidad medicamentosa.

Así como Manes se vuelve una figura sustancial en la alianza gubernamental con las neurociencias, Jaime Durán Barba y Alejandro Rozitchner fueron estandartes que imponen la visión del "optimismo" como lema para superar las crisis. Aquí encontramos también un punto de contacto con las TCC. Se trata de una ética donde el tratamiento se convierte esencialmente en *adaptación* bajo una red de términos que enmascaran ese significantísimo. Una ética que nada tiene que ver con la subjetividad, sino con la ética *hedonista* que empuja al consumo, la individualidad y la instantaneidad. La adaptación es antiética no solo por el adosamiento subjetivo de la sociedad a los imperativos de la economía capitalista con una producción dirigida hacia explotación despiadada, sino por la implicancia misma de concebir que existan "sujetos desadaptados". Asistimos a una generalización de la *desadaptación* que se encuaderna en manuales diagnósticos (DSM, CIE-10) y como contracara se reintroducen motivos biológicos. Hablar de "desadaptación", hace que cobre perfecto sentido la idea de que el ser humano puede y *debe* ser feliz; que el sujeto pueda estar insatisfecho o disgustado y ser improductivo es tratada como una *falla* a ser reparada desde las propias *aptitudes* del sujeto. Así las ambiciones limitadas y pragmáticas de las neurociencias y las TCC, se anexan a un discurso higienista acerca de la patología, los comportamientos indexados y la cognición, que necesitan ser detectados y eliminados para consumir la adaptación hacia lo considerado – felizmente- normal; que pondría orgullosos a los hombres – mejor dicho, los *cerebros*- de la generación del 80´.

Al poner un velo sobre la dimensión deseante, se desarraiga la capacidad de amar – y amarse-, dejando como saldo una objetualización que no solo implicará un auto-posicionamiento como *objeto*, sino que será la matriz para vincularse: suscribir a *objetos*. Somos "llamados" en tanto objetos masificados, y no "nombrados" en nuestra singularidad para el proceso que corrompe la capacidad de amar para arrojarnos al *comprar-consumir-acceder-pertenecer*.

Desde el neoliberalismo hay un enlace entre el vaciamiento subjetivo y la proliferación masiva de objetos. Lacan (1972) resaltaba en su conceptualización del *Discurso Capitalista*, esta “entrega” a los objetos, un *dejarse llevar* que traduce un sujeto tomado por la impulsividad al consumo de objetos, imágenes, ideales, sustancias, etc., que a su vez homogeniza al no hacer una distinción de clase: el imperativo es universal, para todos. No hay sujeto barrado; hay sujeto *borrado*.

De este modo, el entramado neurocientífico y político descrito puede llevar al sujeto a confundir sus objetos (de amor) con los *gadgets* (objetos de consumo), que actúan como “termómetro de su estado de bienestar” (Aranda, 2018: 1). La capacidad de amar no es sin sufrimiento, pero el componente deseante permite mantener un vértice de mismidad. Por otro lado, el repliegue individualista de la capacidad de hacer lazo, de amar en sociedad, no puede más que derivar en la enfermedad (advertido por Freud en *Introducción al Narcisismo* o *El Malestar en la Cultura*) y en una compulsividad sedienta y *cedienta* –en tanto “cede” sin mediaciones- de objetos robustamente imaginarios.

Reflexiones finales

*La madre de este invento
fue la angustia,
hoy, la industria
(Divididos)*

Se ha intentado demostrar las artimañas biopolíticas mediante las cuales la doctrina positivista reaparece, auspiciada por el auge neoliberal sirviéndose de la reverdecida tecnología para su despliegue. La pregunta sugería pensar las implicancias en salud mental, no solo desde las alternativas terapéuticas emergentes, sino desde la organización del sistema público y los horizontes políticos de la gestión estatal ejercida durante el gobierno de Mauricio Macri.

La apuesta a la multiplicidad de propuestas terapéuticas, la interdisciplina y el avance teórico, no deben nublar las reediciones biologicistas y reduccionistas que tanta exclusión y desobjetivación han provocado en nuestra historia. El horizonte ético debe ser un bastión que permita discernir entre una perspectiva en derechos humanos, y las finalidades experimentales, mercantiles y de control social siempre al acecho.

El malestar actual y la complejidad sintomática en padecimiento mental, no pueden ser acatadas desde un marco alienante a los mandatos capitalistas, tal como proponen las TCC. Sus efectos terminan dirigiendo a una auto-concepción desvalorizada, teñida de resignación y proyecciones personales acotadas a márgenes estrictamente forjados desde el consumo y el individualismo, profundizando una desigualdad ya estructural. La singularidad busca deliberadamente ser anulada en pos de valores homogeneizantes que empujan a una *adaptación* siempre falaz, tras el señuelo de la “objetividad” o la “evidencia”.

Nuestra ética como agentes de salud mental debería partir de una aspiración a la verdad subjetiva, no necesariamente ecuánime a una “felicidad” estandarizada, dada la peligrosidad de pretender garantizar un “bienestar” mediante el acceso a una terapia, un estilo de vida o una dinámica de consumo. El ímpetu adaptativo es objetualizante y no compatible con un horizonte centrado en la promoción de autonomía, sin partir de caracteres que encuadran al sujeto en una categoría universalizante –“especie”, sino del *deseo* singular que lo caracteriza. El conflicto, el malestar psíquico, no debe aparecernos como un signo fallido que requiere su restitución inmediata, sino como la oportunidad de un detenimiento en la vorágine actual. La reflexión y el pensamiento en la toma de decisiones personales en épocas inestables, son pilares fundamentales que permiten asumir un posicionamiento no pre-determinado para ahondar sobre causas y consecuencias del sufrimiento, que requieren procesos no siempre “felices” en su avatar.

Por el otro lado, los psicofármacos actúan en sentido contrario: apagan afectos, forcluyen la palabra que expresa el malestar hoy tan diversificado en *angustia*, *ansiedad*, *insomnio*, *obsesión*, *tristeza*, *desgano*, *depresión*; términos que aún así tomarán un tono diferente según quién los nombre. El consumo produce fundamentalmente el *silencio*, y es el silencio de la verdad del deseo; una “no posición ética del sujeto para con su deseo en nombre de sostenerse como construcción histórica neoliberal, en otras palabras, para encajar” (Domínguez, 2018: 1). Una perspectiva normalizante no puede más que promover la permanencia del síntoma, utilizando la creencia forjada por el marketing neoliberal de que existe un saber preestablecido tranquilizador y especialistas que cuentan con dominio sobre tal saber para mi sufrimiento que sería como el de los demás. Una dirección tal, es desubjetivante y mina la identidad al retrotraer la consumación del *ser* (Freud, 1919) a la del *objeto*. Todos pueden devenir objetos de consumo en un entramado donde se puede utilizar, comprar y desechar, la felicidad, el cuerpo, el tiempo, el sexo o la juventud.

Es por ello que se vuelve necesario reposicionar las implicancias de aquellos profesionales “especialistas sin espíritu, hedonistas sin corazón”, que representan la devoción por anular la dimensión deseante y subjetiva, en detrimento de la ética que implica primordialmente la *preocupación por el otro* (Bleichmar, 2008). En nuestro país contamos con una tradición de éticas orientadas por la singularidad, marcos jurídico-legales y experiencias inter-disciplinares efectivas orientadas a una atención en salud mental de carácter integral, accesible y tendiente a la participación activa del sujeto y la comunidad. No se trató aquí de revalorizar al psicoanálisis, desechar avances neurocientíficos, ejercer partidismos o idealizar modelos. La intención fue registrar qué efectos germinan a nivel político y científico cuando reaparecen intereses y poderes que premeditadamente apuntan a operar segregativamente sobre las diferencias sociales, ya sea excluyendo, estigmatizando o normativizando.

Referencias

Aranda, J. M (2018) Discurso capitalista y el imperio de las imágenes en el horizonte contemporáneo. Ornitorrinco Tachado. Revista de Artes Visuales, 7.

Bleichmar, S. (2008) Violencia escolar, violencia social. Ed. Noveduc. Bs.As

Bourdieu, P. (2001) Poder, derecho y clases sociales. Ed. Descleé de Brouwer. Bs.As.

Beck, H. (1995). ¿Ética Normativa o ética de la situación? Revista de Filosofía, vol. 21, pp163-169. Recuperado de: produccioncientificaluz.org.

Carballeda, J. (2000) Cap. VII El Positivismo argentino y la construcción de dispositivos de intervención en lo social. En *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Ed. UNLP.

Dagfal, A. (2012) Historias de la psicología en Argentina (1890-1966). Revista UBA. Volumen 21 número 126 .

Dominguez, G. (2018) Neoliberalismo y psicoanálisis: introducción al consumo. Recuperado de: <http://la5tapata.net/neoliberalismo-y-psicoanalisis-introduccion-al-consumo/>

Duarte, J. (2017) ¿Todos somos enfermos mentales?: manifiesto contra los abusos de la psiquiatría. Recuperado de: <http://www.laizquierdadiario.com/Todos-somos-enfermos-mentales-manifiesto-contra-los-abusos-de-la-psiquiatria>

Foucault, M. (2007) Genealogía del racismo. Ed. Altamira. Bs.As.

Frances, A. (2014) ¿Somos todos enfermos mentales? Ed. Grupo Planeta. Bs.As.

Freud, S. (1919) Nuevos caminos de la terapia analítica. Ed. Amorrortu. Bs.As..

----- (1930) El malestar en la cultura.

Galende, E. (2008) Psicofármacos y salud mental. Revista Intercambios.

Recuperado de: <https://www.raco.cat/index.php/Intercanvis/article/view/354548>.

Guinsberg, E. (2013) La salud mental en el neoliberalismo. Revista de Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Klappenbach, H. (2006). Periodización de la psicología en Argentina. Revista de Historia de la Psicología, 27(1), 109-164.

Lacan, J. (1972) Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972.

Traducción: Olga Mabel Mater. Original: Ecole Lacanienne de Psychanalyse (Francia). Du discours psychanalytique.

Lipina, S. (2016) Pobre cerebro: Los efectos de la pobreza sobre el desarrollo cognitivo y emocional y lo que la neurociencia puede hacer para prevenirlos. SXXI Editores. Bs.As.

Maidana, S. (2019) Del Positivismo a la Bíopolítica. Recuperado del blog personal: <https://www.susanamaidana.com/articulos/2019/1/10/del-positivismo-a-la-bopolitica>

Murillo, S. I. (2011) La nueva cuestión social y el arte neoliberal del gobierno. Rev. Cátedra Paralela. N° 8. ISSN1669-8843.

Plut, S. (2018) El malestar en la cultura neoliberal. Letra Viva. Bs.As.

Rose, S. & Rose, H. (2017) ¿Puede la neurociencia cambiar nuestra mente?

Traducido por Sonia Martín Pérez. Ediciones Morata. Barcelona, España.

Terán, O. (1987) Positivismo y Nación. Edit. Punto Sur. Bs. As.

Weber, M. (1905) La ética protestante y el espíritu de capitalismo. Ed. Prometeo. Barcelona. 2003.

Notas

¹ Algunas definiciones son: “que se ve o se oye por primera vez”; “la destacabilidad del estímulo” o “la capacidad para llamar la atención”.

² <https://www.eleconomista.com.ar/2019-07-macri-los-argentinos-no-vamos-a-volver-a-un-estado-predemocratico/>

³ <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-312827-2016-10-27.html>; y
<https://www.pagina12.com.ar/241792-los-trabajadores-rechazan-un-proyecto-para-unificar-los-cent>

⁴ <https://www.tiempoar.com.ar/nota/las-neurociencias-al-poder-impulsan-leyes-afines-y-haran-un-polo-con-el-borda-y-el-moyano>

⁵ <https://www.letrap.com.ar/nota/2016-7-7-vidal-tiene-su-ministro-de-la-felicidad-consejos-para-pobres-de-facundo-manes>

⁶ <https://www.lanacion.com.ar/politica/mauricio-macri-conmigo-se-acaban-los-curros-en-derechos-humanos-nid1750419>

⁷ <http://www.laizquierdadiario.com/El-capital-mental-y-el-discurso-neoliberal-de-Facundo-Manes>

⁸ <https://www.facebook.com/facundomanes/posts/1097931670253480/>

⁹ <http://www.laprensa.com.ar/480738-La-felicidad-pasa-por-tener-lazos-sociales.note.aspx>

¹⁰ https://www.clarin.com/politica/autocritica-mauricio-macri-pusimos-metas-demasiado-optimistas-dijimos-diagnostico-duro_0_SJM5HGqRM.html